

VÉLEZ, Marceliano (Envigado, 1832, Medellín, 1923), *Las memorias del señor Camilo Antonio Echeverry y mis actos en la revolución de 1876*, Medellín, Imprenta de Gutiérrez Hermanos, 1878, 17 págs.

VÉLEZ SÁENZ, José, *Las llaves falsas: diario de un toxicómano*, Bogotá, Editorial Iqueima, 1958, 224 págs.

VERGARA LOZANO, José María, "Memorias sobre la guerra magna", *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, vol. XXVII, marzo-abril de 1940, págs. 275-278.

VESGA ÁVILA, J. M., *La guerra de los tres años*, [s.p.i.] 1914, 220 págs.

VIANA, Demetrio, *Páginas íntimas*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalarez, 1887, 56 págs.

VILLEGAS, Aquilino, *Por qué soy conservador*, Bogotá, Editorial Nueva, 1934, 288 págs.

VILLEGAS, José de J., Fragmento de una historia, [Manuscrito inédito presentado en el Casino Literario, Medellín, marzo 21 de 1889]

VILLEGAS DUQUE, Néstor (1895-1974), *Un Manzanares de hace tiempos*, [s.l.] [s.n.] [s.f.] 117 págs.

_____, *Estampas interiores*, Bogotá, Antares, 1961, 395 págs.

VINASCO CALVO, Arnulfo (Riosucio, Antioquia, 1934), *Frente a la huella del tiempo*, Bogotá, Nuevas Ediciones, 1989, 256 págs.

VIVES DE ANDREIS, José Benito (Santa Marta, 1884-1980), *Pepe Vives cuenta su vida*, [s.l.] Ediciones Mejoras, 1981.

VOLKENING, Ernesto (Amberes, 1908-Bogotá, 1982), "Res pública", *Eco*, Bogotá, t. XLV/1, núm. 241, noviembre, 1981, págs. 61-103.

_____, "En causa propia I", *Eco*, Bogotá, t. XLVIII/3, núm. 243, págs. ,

_____, "En causa propia II", *Eco*, Bogotá, t. XLVIII/4, núm. 244, febrero 1982), págs. 361-400.

_____, "El oficio de escribir (de mis cuadernos)", *Eco*, Bogotá, t. XLIII/6, núm. 264, octubre, 1983, págs. 579-623.

ZALAMEA, Alberto, *Diario de un constituyente*, Bogotá, Temis y Zalamea Fajardo Editores, 1991.

ZARAMA, José Francisco] *Memorias inéditas del general Dr. José Francisco Zarama*, Pasto, Imprenta del Departamento, 1913.

ZARÁNTE, José Dolores, *Reminiscencias históricas (recuerdos de un soldado liberal)*, Cartagena, Imprenta Departamental, 1993, 445 págs.

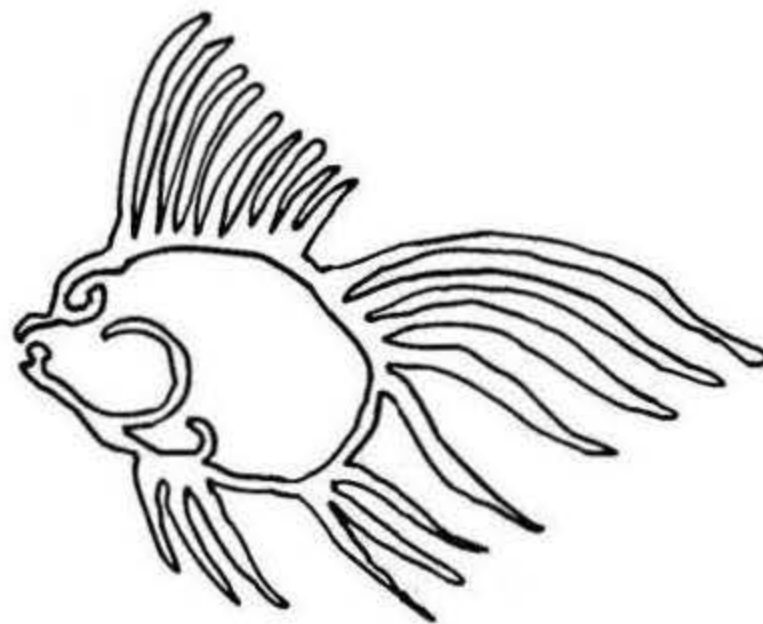
ZÁRATE RHENALS, Sergio, "Memorias de Santa Fe de Bogotá", *Boletín Historial*, Cartagena, vol. 10, núm. 97, abril, 1946, págs. 17-29.

Los cazadores del anacoluto perdido

Roberto Cadavid (Argos) ha sido uno de los más aplicados y amables representantes del curioso gremio que se dedica a pillar errores en el lenguaje y publicarlos en la prensa. Él encarnó una tradición de varios siglos.

DANIEL SAMPER PIZANO

Crear que la gramática puede ser amena es como pensar que la dentistería puede ser un placer. Una disciplina que denomina a ciertos errores *anacolutos* —palabra que suena a trastorno de aerofagia o, por lo menos, a ritmo bailable del Caribe— no ha de ser propiamente una fiesta.



Hubo, sin embargo, un hombre que no sólo consiguió hacer de la gramática un asunto divertido, sino que convirtió su columna cotidiana sobre incorrecciones del idioma en la de mayor lectura de la prensa nacional. Este señor que cazaba anacolutos perdidos o escondidos se llamaba Roberto Cadavid, tenía por seudónimo Argos, y escribió durante trece años sus notas en periódicos colombianos. La simpatía y sabiduría de Argos lo llevaron a ser un personaje muy querido, incluso, por los periodistas y escritores que

él criticaba. Murió en 1989 a los 75 años, cuando ya había ingresado oficialmente a la Academia de la Lengua. Al parecer, no existe relación entre los dos hechos.

Un par de apuntes suyos muestran el estilo campechano y cordial que impuso en el reino de la ortodoxia lingüística, donde suelen imperar la gravedad y la solemnidad.

En uno de ellos examina dos frases de Gabriel García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*: "El doctor Juvenal Urbino escuchó a su madre sin oírla", y "lo hizo, mirándola sin verla, en la bruma de los lentes de leer".

Con su cariñoso tono de entre casa, Cadavid escribe en su columna de *El Espectador* correspondiente al 3 de enero de 1986: "Querido Gabo: incurres tú aquí en el tan frecuente *quid pro quo* consistente en intercambiarles indebidamente sus respectivos significados a las parejas de verbos oír-escuchar, ver-mirar". Y entonces explica cómo el premio Nobel invirtió los significados, pues ha debido escribir: "El doctor Juvenal Urbino oyó a su madre sin escucharla" y "la vio sin mirarla".

García Márquez, que admiraba mucho a Argos, seguramente estuvo de acuerdo.

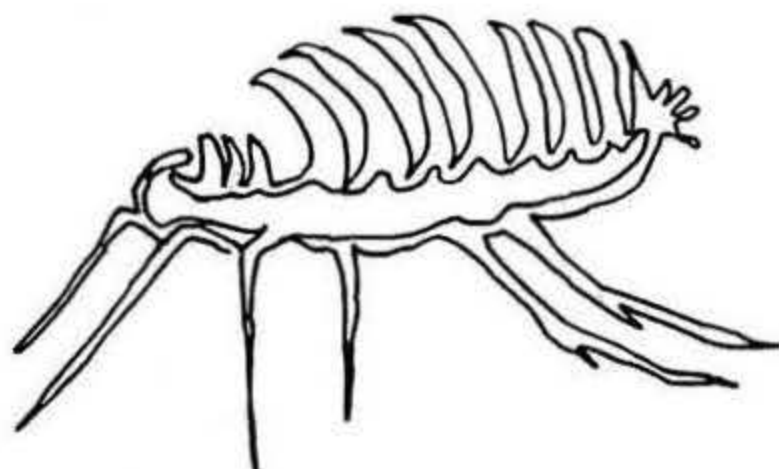
En otra oportunidad, Cadavid se detuvo ante la siguiente frase aparecida en un prestigioso diario: "La captura de la banda es eminente en las próximas horas". Esta vez el comentario de Argos se desgajó en verso:

*Es en verdad sorprendente
que gente tan eminente
en el mundo delincuente
venga a caer fatalmente
en trance tan inminente.*

Cito una nota más, para que no se crea que en estas páginas no hay autocritica por mano ajena, expresión que hará rabiar a Argos en su nube. En julio de 1982 ensartó una frase de quien firma estas líneas, según la cual "es muy aburridor un ministro empeloto". Con un cordial tirón de orejas —que habría podido ser más doloroso, dadas las circunstancias—, Argos observa que debe decirse "en pelota", sin atender a género ni número. En mi descargo, cita a don Rufino José Cuervo, que ya había

detectado 97 años antes la tendencia bogotana a esta misma impropiedad.

Roberto Cadavid encarnó de la manera más amable una antigua tradición purgativa de la prensa, tanto latinoamericana como española: la de velar por el idioma a través de columnas dedicadas a enmendar las barbaridades o gazapos que asoman a diario la cabeza en los medios de comunicación.



Aunque muchos periodistas no sólo atropellan el lenguaje sino que lo desprecian como materia informativa, tengo la certeza de que el idioma constituye un atractivo tema para el lector. Sobre todo porque la lengua es más que una convención de palabras para comunicarse, así como el fútbol es mucho más que un ejercicio gimnástico. La lengua es la patria; la lengua es una propiedad colectiva; la lengua es un símbolo de identidad.

Todo ello quedó demostrado más allá de dudas hace pocos años, cuando se produjo un emocionado respaldo a la letra eñe para que no fuera desterrada de los teclados informáticos. Los hispanohablantes de a pie saltamos cuchillo en mano a defender la eñe, y, además de haberla guardado de la amenaza cibernética, logramos elevarla, como estandarte, al logotipo del Instituto Cervantes.

Ya que no lo respeta como corresponde, la prensa al menos debería preocuparse por informar más sobre el mundo del lenguaje. Los comentaristas especializados —antiguamente llamados gramáticos, hasta que la palabreja empezó a despedir un antipático aroma— cumplen una parte de esa misión. Ellos procuran reparar los errores y acicatear a los que escriben o hablan ante un micrófono. Ellos tienden un tubo de conexión entre el río desordenado del idioma y la seca sobriedad de los recintos académicos. Ellos son un ter-

mómetro que permite consultar la temperatura del lenguaje en momentos y sociedades determinados.

La gramática con humor entra

La costumbre de ocuparse de curar el idioma en las páginas donde lo infectan a diario proviene de tiempo atrás. Es probable que si el autor de *El diálogo de la lengua*, don Juan de Valdés —no confundirlo con otro Juan Valdés que simboliza un requisito indispensable para cualquier diálogo, que es el café—, hubiera vivido 450 años más tarde, habría sido columnista de asuntos del idioma en algún diario.

En América también ha existido el afán por tratar de manera popular las cosas del idioma. El propio Cuervo fue una especie de proto-Argos. En 1876 ya anunciaba en las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* el propósito eminentemente divulgativo de sus comentarios:

Deseando ser leídos no sólo por los escolares y las personas serias, sino por toda clase de individuos —señalaba don Rufino—, nos hemos propuesto hacer grata la lectura de nuestro libro empleando en él todos los tonos.

Seamos sinceros. El meritísimo y sapientísimo don Rufino no era un gran escritor (lo demuestra el espantoso doble gerundio de la frase anterior), ni sus textos acusaban tonos muy divertidos (¿cómo habría podido serlo un hombre que murió virgen por haber destinado todo momento de su vida a elaborar fichas para un diccionario monumental que sólo ha podido terminarse 84 años después de su muerte?). Pero su ánimo era el mismo que hoy impulsa a muchos enamorados de la lengua a pillar errores, denunciar abandonos y propagar usos correctos.

A fines del siglo pasado y principios del presente fueron muy célebres los apuntes y polémicas que desataban en la prensa los gramáticos. Eran casi peste.

En 1899 don Antonio Valbuena (Miguel de Escalada) cerraba el siglo en Madrid con unas notas bastante virulentas que él llamaba "Destrozos lite-

rarios", donde se metía con la literatura y con la gramática. ¡Hay que ver lo que dijo allí de algunos de nuestros vates!: "[Hay] muchos Caros en Colombia, todos malos poetas".

Casi dos decenios más tarde, el célebre don Julio Casares, autor de uno de los mejores diccionarios ideológicos de nuestra lengua, recogió en un tomo algunas de las columnas que escribía con el título de *Crítica efímera*. El benemérito don Ramón Menéndez Pidal, autor del prólogo del libro de Casares observaba: "Cunde mucho la afición de nuestra prensa diaria a tratar asuntos gramaticales". A renglón seguido, don Ramón se pone muy nervioso y advierte que este pasatiempo ofrece el peligro de lanzar a "famosos filólogos de diario a navegar siempre con rumbo a las Batuecas".

A estas alturas del siglo ya no sabemos bien dónde quedan las Batuecas, ni cómo se enrumba hacia ellas. Pero, de todos modos, Casares demuestra varios atributos que suelen ser comunes en los buenos gramáticos de periódico: sentido del humor, ganas de polémica y una dosis de humildad que lo inhibe de pontificar y hacerse odioso.

Esta última virtud no es frecuente cuando muchos de los espacios de prensa en que se tratan asuntos del idioma están en manos de eruditos profesores que se toma a veces muy en serio. En realidad, muchos de los más grandes lingüistas latinoamericanos y españoles han colonizado espacios de prensa a fin de explicar y defender el idioma. Pero a veces hacen de ellos, más que columnas, fortalezas inaccesibles e impenetrables por su densidad, su pesadez y —pido licencia— su ladrilludez.

El académico que mamaba gallo

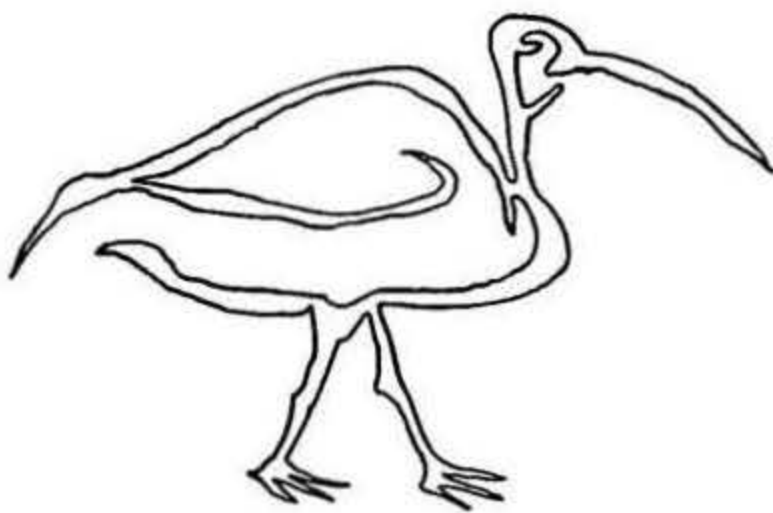
Un caso admirable es el de Ángel Rosenblat, quizá el campeón de los filólogos hispanoamericanos del siglo XX. Don Ángel fue un argentino nacionalizado en Venezuela, donde montó extraordinaria cátedra de lengua viva y escudriñó el lenguaje venezolano con apasionada curiosidad. Como advierte Mariano Picón-Salas, la columna "Buenas y malas palabras", que Rosenblat publicó durante dos años en el diario caraqueño *El Nacional*, "era deleitosa-

mente leída, buscada y comentada por el más heteróclito círculo de lectores”.

Don Ángel fue el primero en examinar ciertas expresiones regionales que hoy, gracias a los culebrones caribes, se conocen también en toda América y España. Me refiero, por ejemplo, al popularísimo “mamar gallo”, que García Márquez pusiera de moda hace quince o veinte años. Pues bien: Rosenblat descubrió la primera aparición impresa de esta expresión en un diario satírico de Caracas el 10 de febrero de 1887.

Fue él también quien explicó por qué a los colombianos, peruanos, venezolanos, panameños, nicaragüenses y mexicanos nos da *pena* cuando a los españoles les da *vergüenza*. Y fue él quien averiguó que la expresión “ala” (“Ala, ¿cómo estás?” “Muy bien, gracias, ala”) tan bogotana, tiene su origen ni más ni menos que en el *Cid*.

Muchos consideran que las notas de Rosenblat son modelo en su género. Dice al respecto José G. Moreno del Alba, destacado filólogo mexicano: “Estos artículos del polígrafo venezolano se han convertido en el mejor ejemplo de este tipo de texto, perfecto en su brevedad, pensado ciertamente para los diarios, pero sin descuidar jamás la elegancia del estilo y la más escrupulosa confiabilidad de los datos, considerando siempre que tendrán como destinatario a un lector no especializado pero sí exigente y culto”.



En la tierra de Argos los artículos sobre lenguaje han sido plato tradicional del menú de la prensa. El Tiempo tiene, a falta de uno, dos gramáticos con columna propia. Uno de ellos ejerce funciones de árbitro y comentarista del idioma en el periódico, hasta el punto de que su cargo oficial es el de *defensor del lenguaje*. A juzgar por el acelerado proceso de deterioro del nivel de redacción en la prensa colombiana, convendría que se multiplicaran estos defensores.

En México tampoco faltan los entendidos que se ocupan de escribir sobre la lengua. Fueron célebres los “Palmetazos” que, con ese título, escribió en un diario capitalino durante quince años Manuel González Montesinos. Caso interesante es el de Victoriano Salado Álvarez, un escritor cuya profesión no era la filología pero a quien dolían las cotidianas puñaladas que asestan al idioma los medios de comunicación. Para combatirlos, Salado publicó durante muchos años su columna “Minucias del lenguaje”.

Éste es, justamente, el título de una recopilación de artículos de Moreno de Alba, actual director de la Biblioteca Nacional de México, publicados en *Unomásuno* y otros diarios. Aunque menos gracioso que Cadavid o Rosenblat, Moreno suele escoger temas interesantes y novedosos. Una de mis favoritas es cierta columna en la que analiza las tribulaciones de un sustantivo propio muy caro a las cocinas de nuestro tiempo: Maizena. Se trata, por supuesto, de una palabra nueva y artificial, inventada a mediados del siglo pasado como marca comercial en el departamento de publicidad de una empresa fabricante de alimentos, la Corn Products Refining Company.

La Maizena, “harina muy fina de maíz”, empezó a aparecer muy pronto en casas y diccionarios. Ya la registraba un diccionario cubano en 1875, y en 1925 fue aceptado en el Diccionario de la Real Academia Española. De allí salió, por presiones de la firma fabricante, seis lustros después y, al cabo de un exilio de casi 40 años, regresó victoriosa a la página 915 de la vigésima primera edición del Diccionario, donde actualmente vive y reina. Sólo que figura con ce y no con zeta, como la Maizena, aunque su etimología no es propiamente grecolatina, pues dice así: “De Maizena, nombre comercial registrado”.

El caso es parecido al de la aspirina, que también figura ya como sustantivo común en los registros de la Academia. En cambio, entre las catorce acepciones de coca no figura la Coca-Cola, pese a ser más popular que la Maizena, ni ocupa silla el socorrido y socorredor Alka-Seltzer.

La historia de la palabra Maizena, pues, es algo que puede aprenderse en

el libro del profe Moreno, así como en Rosenblat se entera uno de que Colón llamaba papa a la papa, que era su denominación quechua, y fue sólo a mediados del siglo XVI cuando en España dieron en la flor de llamarla patata.

Borinquen, la tierra de Babel

Si alguien quiere encontrar en una columna de lenguaje valores más profundos que los de entretenimiento, divulgación u ortodoxia, tendrá que acudir a las notas de don Salvador Tió, el principal lingüista puertorriqueño. Nacido en 1911, apenas trece años después de la cesión de la más antigua colonia española a Estados Unidos, Tió vivió de cerca la lucha del español por sobrevivir en medio de la hostil alambra que le tendía el gobierno de Washington. Por eso sus mejores artículos versan sobre el bilingüismo, sobre la lengua como factor histórico de identidad y unidad, y sobre la resistencia del castellano ante los ataques oficiales del inglés.

Don Salvador escribió centenares de columnas impregnadas de humor y sabiduría en algunos diarios de Puerto Rico. Con el lema de que “la lengua es demasiado importante para dejarla en manos de los lingüistas”, se esmeró en que los puertorriqueños la defendieran como parte de su patrimonio cultural. Tió —a quien debemos el término *espanglish*— hizo ver a los hispanohablantes que el idioma no es un destino manifiesto e ineluctable, como tantos otros que han trazado en beneficio propio los Estados Unidos a América Latina. El distinguido académico de Mayagüez sostenía que el hombre puede intervenir de manera deliberada en la suerte de su lengua y que, por tanto, era absurdo capitular ante el empuje del inglés en la sociedad y de los anglicismos en la lengua de Puerto Rico.

La historia le dio la razón: los puertorriqueños siguen comunicándose en español y tienen por su idioma más aprecio que muchos que jamás lo han sentido amenazado.

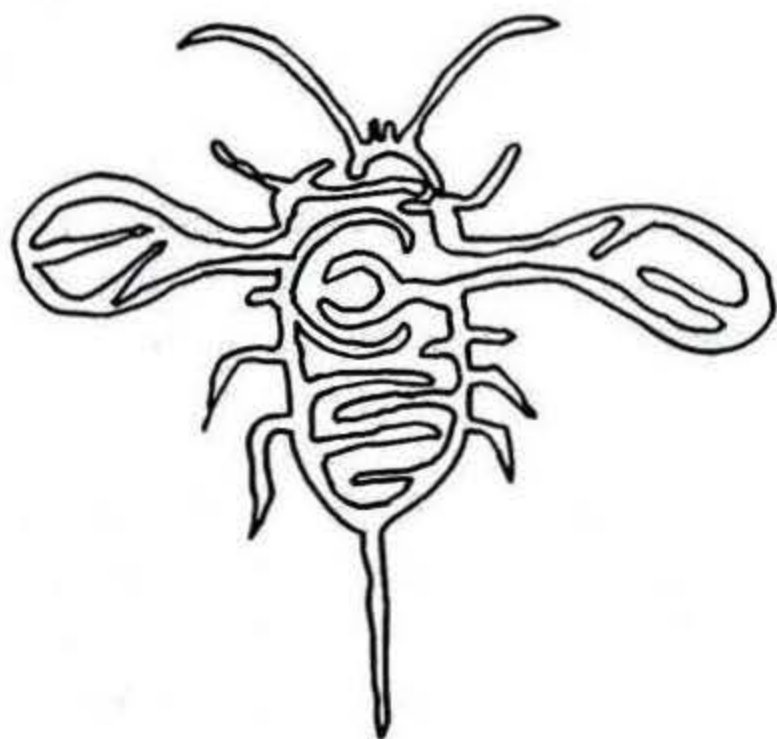
Pero no por ello resbaló Salvador Tió hacia un nacionalismo lingüístico que le impidiera negar el beneplácito a anglicismos que han llegado a ocupar plazas vacías en nuestro léxico. Don

Salvador murió en 1991, antes que se publicara *Lengua mayor*, recopilación de algunas de sus mejores columnas.

Terminados en mente

Como se ve, es posible armar un interesante equipo de filólogos y escritores que, desde las páginas de los periódicos, han divulgado y luchado por el español en América Latina.

Lo mismo puede decirse, por supuesto, de la prensa de España. En el diario ABC, por ejemplo, ha sido frecuente la presencia de plumas académicas que se ocupan de estos asuntos. Otros periódicos, aunque carezcan de columnas especializadas, se interesan por abrir campo a las informaciones que tienen que ver con la lengua. Ya he mencionado que desde el siglo pasado existe el columnista de lenguaje como espécimen de la fauna de comentaristas. A ella pertenecieron, entre otros, Azorín, Valbuena y el citado don Julio Casares.



Mi predilecto, entre los contemporáneos, es Santiago de Mora-Figueroa, mejor conocido como el Marqués de Tamarón, que durante algunos años publicó sus columnas sobre el lenguaje de la España actual y luego, por razones que desconozco, dejó de hacerlo y se ha limitado a escribir análisis sobre cuestiones internacionales. Hace poco fue nombrado director del Instituto Cervantes.

Tamarón ha identificado bien a los principales enemigos de la lengua llana, casta y castellana, y arremete contra ellos. La lista de los más buscados es breve y brava: los políticos, los tecnócratas, los intelectuales cursis, los periodistas. El memorial de agravios es vasto. Se inicia en los "idiotismos", que

son producto directo de la ignorancia retumbante, como el verbo *preveer* o la conjugación de *abolir* en primera persona del presente: ("¿yo abolo?" "¿yo abuelo?"). Luego se extiende hasta lo que Tamarón llama "ciempieses culilargos", vale decir, el imperio de los adverbios terminados en mente, que ya ofuscaban bastante al creador de Macondo. ¿Por qué —se pregunta el columnista— ha de escribirse "enérgicamente" cuando podría escribirse "con energía", o se prefiere el "obviamente" al "desde luego"? El abuso del mente empobrece, aburre y tiende trampas en las que pueden caer hasta los mejores escritores. Conven-gamos en que don Santiago tiene razón. Lamentablemente.

Tamarón reserva sus más afilados lanzazos para la prensa. "Los comunicadores —dice—, lejos de expresarse como el hombre de la calle, se están inventando un galimatías impreciso, oscuro y presuntuoso. Lo hacen por una mezcla de cursilería, ignorancia y pereza, pero también porque a veces les conviene engañarnos con palabras ambiguas e incluso desprovistas de todo significado".

Para él, los pecadores más viciosos en la grey de comunicadores son los de la televisión. "La televisión —agrega— ejerce un efecto multiplicador de la traición lingüística de nuestras supuestas clases dirigentes".

Enristra también su vara contra multillas, palabras fetiches que se utilizan para todo (como "tema" y "colectivo") y expresiones de falsa erudición que no son más que oscuros trabalenguas. Al respecto, en 1987 concedió Tamarón el premio Pico de Oro a una autora que, para recomendar la armonía entre maestro y alumnos, comete en el ABC la siguiente frasecita: "Interacción conductual para una integración edificante entre el educador y el menor".

Cómo mueren los argentinos

Otros observadores ayudan desde varias latitudes a practicar un diagnóstico del lenguaje de prensa que se parece bastante al de don Santiago. Relata el periodista Carlos Ulianovsky, en su libro *Los argentinos por la boca muer-*

ren, cómo descendieron las tinieblas del eufemismo sobre las páginas de la prensa en tiempos de la dictadura militar. A los basurales pasó a llamárseles "cinturones ecológicos"; a los ministros, "titulares de cartera"; a los negocios turbios se les bautizó cristianamente como "ilícitos"; a las chabolas o villas miseria, "villas de emergencia"; a los asesinados en la sombra "desaparecidos".

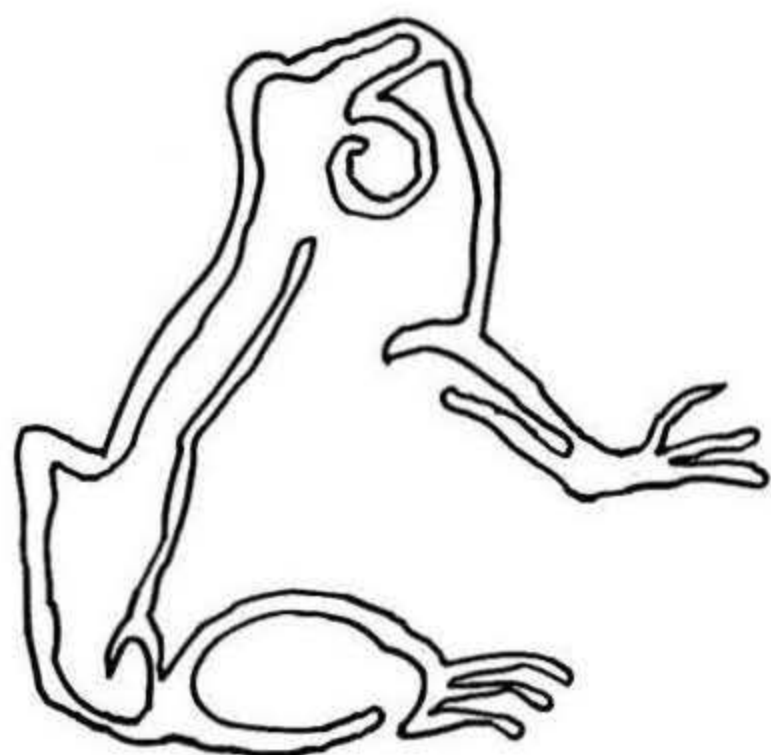
Otro observador que ha hecho reveladoras anotaciones sobre la masacre del español en la prensa es el sociólogo Amando de Miguel. En su libro *La perversión del lenguaje*, De Miguel recoge un abecedario de infamias que cometen contra la lengua castellana los hombres públicos, comunicadores incluidos. "No me preocupa el castellano malsonante de los camioneros, que son los arrieros del presente —advierte—. Lo que me abruma son los solecismos de los que pomposamente nos consideramos comunicadores".

Entre ellos enumera: el lenguaje ambiguo y engañoso; la *faramalla*, técnica para introducir elementos sesgados y opinantes en las noticias, bajo una apariencia de pulcra objetividad; las jerigonzas especializadas innecesarias; el mortal sesquipedialismo, que pretende reconocer seriedad en lo que no es más que longitud (el *posicionamiento*, el *conexionamiento*, el *promocionamiento*, la *concretización* y, agravada por la anglomanía, la *sponsorización*).

En mi calidad de espectador comparto los cargos que formulan los anteriores testigos contra nosotros, los periodistas, en el crimen diario de lesa lengua. Agregaría, eso sí, otro cómplice del crimen: los publicistas y los ejecutivos modernos, que, con ánimo lucrativo inocultable, han resuelto confundir y envenenar el idioma. Importadores descarados de las mañas lingüísticas del inglés, nos han invadido con el sufijo *ing*: *zapping*, *consulting*, *planning*, *mailing*; y están decididos a rebajarnos con otros idiomas, como si el nuestro los avergonzara.

(Entre paréntesis: un síntoma de esta enfermedad es la cartelera de cines de Madrid. Hasta hace algún tiempo, los títulos de las películas tenían una traducción, buena o mala, pero una tra-

ducción. Se partía de la base, no muy errada, de que sólo un mínimo porcentaje de españoles habla el inglés o el francés con corrección. En los últimos años, sin embargo, los encargados del comercio de películas han resuelto que es más atractivo mantener el título en inglés. Examinó la lista de películas de la capital española: de 79, hay 13 que conservan el título anglosajón: más del 16 por ciento. Algunas llevan oraciones completas o expresiones complejas que sólo es capaz de entender alguien versado en la lengua).



(Sigue el paréntesis. Tal vez por ello se ha llegado a la última abominación, consistente en exhibir películas españolas —o bastante españolas, al menos— con el título en inglés. Lo único peor que este recurso capitulante es la sorprendente ignorancia del inglés que revelan quienes tratan de inocularlo como elegante supositorio en el español. Los he oído un par de veces. Parece que hubieran aprendido el idioma por correspondencia en una aldea sin buzones. Su crimen, pues, es doble: contra el español, por desdeñarlo; contra el inglés, por destrozarlo. Esto ya es demasiado: *too much*. O *two much*, como dirían ellos).

Español de dos orillas

Volvamos a la vieja pregunta: ¿se habla, se escribe mejor el español en América o en España? En lo que concierne a la prensa, y teniendo como guía a los comentaristas especializados, habría que decir que corren parejas. En España el lenguaje es más desenfadado; en América padece menos contaminación inglesa. Pero en ambos el deterioro es melancólico, notorio.

Faltan muchos Argos más que le metan diente al asunto, y que hagan de la crítica y análisis del lenguaje un rincón tan ameno como pedagógico. Incluso, un rincón autocrítico, que es una rareza en el ambiente arrogante de la prensa. Argos no vacilaba en atrapar y exhibir sus propios gazapos, como cuando escribió acerca de veredictos condenatorios de un año, siendo así que un veredicto determina una responsabilidad, y sólo una sentencia fija la pena.

A los inquietos que suelen preguntarlo, hay que decirles que permanezcan serenos en sus bases: no hay grandes diferencias en el español de los medios de comunicación de los dos continentes. Las que existen parecen ser menos importantes que las que separan el inglés de Margarita Thatcher y el inglés de Guillermito Clinton.

Los pecados, incluso, se asemejan mucho. Ya están confesados, así que no es preciso repetirlos. Lo triste es que la prensa, que suele darse aires de levantisca y aguerrida, a la larga tolera que políticos, publicistas, tecnócratas y demás roscas le colonicen y le dicten el lenguaje.

Ni siquiera es un cordero con piel de lobo. Debajo del aterrador pellejo no hay más que una cotorra.

Bibliografía

- Argos (Roberto Cadavid), *Gazaperas gramaticales*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1991.
- Casares, Julio, *Crítica efímera*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1918.
- Cuervo, Rufino José, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Chartres, Imprenta de Durand, 1885.
- Miguel, Amando de, *La perversión del lenguaje*, Madrid, Espasa Calpe, 1985.
- Moreno del Alba, José G., *Minucias del lenguaje*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Marqués de Tamarón (Santiago de Morafigueroa), *El guirigay nacional*, Valladolid, Miñón, 1988.
- Rosenblat, Ángel, *Buenas y malas palabras*, Madrid, Editorial Mediterráneo, 1974, 3 tomos.
- Tiό, Salvador, *Lengua mayor: ensayos sobre el español de aquí y de allá*, Río Piedras (Puerto Rico), Plaza Mayor, 1991.

Ulanovsky, Carlos, *Los argentinos por la boca mueren*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

Valbuena, Antonio de, *Des-trozos literarios*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899.

Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Clásicos Castalia, 1985.

De la BLAA

El encanto de la elegancia

Casa de Exposiciones
Biblioteca Luis Ángel Arango, 1995

Los dibujos y las pinturas de Santiago Cárdenas tienen la virtud de la elegancia. De la poesía. Hay un encanto que nunca se acaba en las miradas a que sometemos sus obras.

Es una pintura bella, sin que la palabra se desgaste. Destacar y rescatar la dimensión de la elegancia como encanto y poesía es constituir una mirada plácida, una transfiguración de lo prosaico, del mundo de la vida, los objetos, las cosas, la ciudad, lo cotidiano, el mundo de ilusiones, colores, formas, bellezas. Es percibir la elaboración, fundación de los valores estéticos, distintos de los de la anécdota, de los de la vida. Son, sin embargo, capaces de recrearla, de ser su alegoría. De darle nuevas y más profundas significaciones.

Percepciones, sensaciones, lenguajes distintos en una polifonía de imaginarios en que la dialéctica, tensión entre lo prosaico y lo poético, entre el arte y la realidad, son resueltas a favor de la vida. Sin que haya sumisión, ni servilismo. Ni copia.

Aquí, está la clave, para entender que el realismo, el naturalismo, el hiperrealismo de buena parte de la obra del pintor, sea una clasificación muerta, insuficiente y perfectamente desechable. Su definición de la pintura muestra una conciencia del papel del arte y del quehacer del artista: "Quiero pintar sin ataduras de ninguna especie, sin plan preconcebido, sin ideologías que puedan orientarme. Quiero encontrarme sin que